

QUIMBAMBA

A los caídos en la masacre de Pulse, en Orlando
A Gary Bonilla y su maravilloso *The Pato Project Foundation*

I.

La pura verdad es que la perra se llama así: Quimbamba. Mi hermano llegó a la casa una tarde explicando que su ex novia le había regalado la mascota. Lo miramos con incredulidad, pero en silencio. Desde hace un tiempo desconfiamos de las historias de mi hermano, por parecernos inventadas, en especial aquellas que incluyen novias imaginarias. Pero por varias razones que no vienen al caso, ni decimos nada ni le llevamos la contraria. Reaccionamos con falso asombro, cosa que a él no le dé vergüenza ni pudor. Le tenemos pena y lo dejamos hacer, en especial después de la paliza que recibió en la escuela.

Ahora bien, yo sabía una verdad irrefutable que mis padres desconocían. La perra era realenga, callejera, sata. Mi antiguo grupo de amigos y yo le habíamos quemado el rabo no una, sino dos veces. Y aunque de eso había pasado algún tiempo, si se le miraba con cuidado todavía podía notarse la punta de la cola chamuscada de la pobre. Mi gemelo, tan distinto a mí en lo débil y humanitario, tan allegado a la poesía que le llaman *palesiana*, y tan fanático del culipandeo y de los sandungueros movimientos de cadera de Jennifer López — a quien cuando mis padres no miraban él imitaba, — anunció celebratorio que el nombre de la perra era Quimbamba. Yo por poco escupo por la nariz el refresco carbonatado que me bebía, pero ante esta, su nueva invención, no dije ni ji.

Papá y mamá, que ya coordinaban la *mudanza criolla creativa*, se opusieron en principio a que él tuviera mascota. Y digo lo de la mudanza como quien decide bautizar un proceso poco ordinario como aquel. Mudarse de la Isla debía ser en sí tarea fácil, pero mudarse de la manera en que tantos boricuas lo estaban haciendo, era otro cantar. Algunos le llamaban *el proyectazo*. El procedimiento debía seguirse de la siguiente manera: uno, empacar en cantidades mínimas ropa, calzado y tereques, como si fuéramos a regresar a la isla de unas largas vacaciones; dos, dejar de hacer los pagos de la hipoteca de la casa (mientras más meses, mejor); tres, dejar de hacer el pagaré del único auto que nos quedaba — luego de la venta relámpago de la guagua de mamá, — (y lo mismo, mientras más meses, mejor); cuatro, al final permitir que te cortaran los servicios de Cable TV, la electricidad, la prestación de agua y cualquier otro servicio mensual. Tener mal crédito es lo de menos, le escuché decir hace meses a unas tías que ya se habían ido del país. Alegan que en Estados Unidos te dan casa, carro y *utilities* aunque tu crédito esté por el piso. Finalmente, usar el poco dinero que llegaba para comprar lo necesario, adquirir los pasajes aéreos y ahorrar para nuestra

Yolanda Arroyo Pizarro

Escritora premiada, Intelectual afro-feminista, fundadora y directora de la Cátedra de Mujeres Negras Ancestrale. San Juan, Puerto Rico.

nueva vida. Aunque mis padres habían sido despedidos debido a la crisis fiscal, los cheques de desempleo, de los cupones y de los trabajos que papá y mamá realizaban por debajo de la mesa seguían generando algunos ingresos.

Iríamos a vivir a la casa del cabrón del tío Félix en principio, y luego, cuando empezáramos a tener la pequeña fortuna que papá se jactaba que amasaría, compraríamos una casa propia con piscina americana y varios autos. Porque en los *niuyores* todo es mejor y Orlando es, sin lugar a dudas, la mejor parte de esos *niuyores*. Lo del cabrón del tío Félix lo digo y me quedo corta en la descripción, porque ya mi gemelo hace unos años lo acusó de toqueteo indebido. Entonces, que ahora tengamos que irnos a vivir a la cueva del lobo, es surreal. Pero para eso está la familia, siempre dice papá, para ayudarnos en los peores momentos. Acto seguido todos nos mordemos la lengua y callamos. Todos menos Quimbamba que decide ladrar inusitada e inesperadamente, como si mi gemelo le hubiera contado y ella hubiera entendido, y esta fuera parte de su protesta.

Mi gemelo cuida de Quimbamba todo el día, en otro lugar que no es nuestra casa. Cuando vuelve en la tarde o en la noche, regresa con ella, que ya ha comido, bebido y realizado sus necesidades. Ambos duermen juntos en el mismo colchón. La perra posee un collar que mi hermano alega le ha regalado otra ex novia. Tiene los colores del arcoíris y dice en letras grandes Quimbamba. La pendeja perra no se ha olvidado de mí. Me detesta. Me ladra a cada rato, me gruñe, me espeta los colmillos cada vez que nadie observa y yo de inmediato estiro la pierna y le doy una patada, a lo que ella responde chillando y se va.

Parte de los procedimientos de la *mudanza criolla creativa* —ordenamientos que ya han perfeccionado otros de nuestros vecinos y que nosotros copiamos porque esa es la que hay—, implica ir vendiendo los enseres y muebles de la casa poco a poco, aunque estos aún se deban a la mueblería o a las casas financieras. Lo vital de todo, le escuché decir a mamá, es que lo último que se debe vender es la nevera y la lavadora, por razones obvias. Y digo lo último como quienes ya han pasado semanas enteras, sentados en el suelo de una sala sin sofá, sin butacas, sin taburetes o cuadros en las paredes, sin floreros ni mesas de centro y sin televisión. La estufa, el microondas, la secadora y los juegos de dormitorio ya no están. Dormimos sobre un colchón en el suelo que nos tiene las espaldas lastimadas y calentamos espaguetis de lata en una hornillita de gas que utilizamos durante apagones, sea que venga o no un huracán. Y aunque nuestros padres nos exigen que asistamos a la escuela para no levantar sospechas, la realidad es que mi gemelo y yo vamos si nos da la gana y si no, no. Casi siempre él se va todo el día para la casa de su amigo y yo me la paso en el centro comercial sentadita en una esquina sin molestar a nadie, viendo desde mi celular *Kill Bill* o *Django*, películas que me fascinan. Además, ya casi es verano y poco importa la asistencia a clases.

II.

El día que finalmente nos vamos a mudar, ponemos la alarma del reloj para que nos levante muy temprano, así salimos al aeropuerto con tiempo suficiente y seguimos las instrucciones de la *mudanza criolla creativa*. El sol está apenas saliendo con sus tonos de naranja y rosado, cuando notificamos al guardia de seguridad de nuestra urbanización de control de acceso que ya no regresaremos. Él llama por teléfono a unos primos que tienen una *pick up* y que se encargarán de sacar lo que quede adentro de la casa y la marquesina para revenderlo. Dependiendo del dinero que logren recaudar de aquella venta, nos enviarán alguna comisión a la nueva dirección, así todos nos ayudamos. Cuando los oficiales del banco, la financiera o la mueblería lleguen a intentar re-poseer alguna de las propiedades o activos, se darán con la sorpresa de que queda poco o casi nada, apenas la estructura solitaria. Aunque ni tanta será la sorpresa, supongo. Nosotros tan solo nos hemos sumado a un mecanismo que ha venido sucediendo del mismo modo por los pasados años.

En el auto, mi gemelo y yo vamos en el asiento de atrás en silencio, parecemos molestos. La perra se encuentra a su lado, metida en un bulto-equipaje especializado que le ha regalado otra novia. Él abre la boca y susurra para que solo yo lo escuche: A la primera que me haga ese cabrón, le rebano la garganta con un cuchillo. Lo dice y baja el rostro. Casi puedo notar la lágrima que no le cae del ojo derecho. Le tomo de la mano y contesto: Y yo lo *estasa*jo con unas tijeras si nos vuelve a manosear.

El carro se deja en el estacionamiento del aeropuerto, con una hoja de papel violeta que papá coloca sobre el cristal frontal. Aquella marca servirá para hacer saber a los empleados “involucrados” que el auto se va a quedar allí sin dueño. Cualquiera podrá disponer de él sin devolverlo al banco, que esos burgueses bastante dinero que ya tienen. Algún caco contratado habrá de recogerlo, luego de buscar las llaves colocadas secretamente en uno de los neumáticos. Lo venderá en piezas o le cambiará la chapa para cometer algún atraco.

III.

No logro hacer amistades en ese pequeño vecindario en el que todos hablan boricua. Me siento muy sola. Soy una nena rara, introvertida, que se entretenía quemando los rabos de los perros vagabundos y que muy pronto descubre que en este estado de la gran nación americana no hay. Ni perros, ni amigos, ni vagabundos. Las calles están limpias de basura y de gente. Los autos no se dejan estacionados en frente de las casas, sino adentro de las cocheras. Los patios tienen sus gramas debidamente cortadas y arregladas. Aunque es junio, he comenzado a asistir a una nueva escuela superior para tomar tutorías de inglés. Mi gemelo, contrario a mí, ya ha hecho grandes amistades que parecen entenderlo y aceptarlo sin novia. No se vislumbra en su futuro cercano ninguna paliza. A escondidas de papá y mamá asiste con sus amigos a fiestas de pelucas coloridas en discotecas. Por eso a todos nos toma por sorpresa la noticia. Por eso sentimos tanta desolación y confusión ante el acontecimiento.

Nadie nos prepara para ello.

IV.

Es la celebración de la Noche Latina. A papá y a mamá les explican que se escoge un bar nocturno, a veces una cervecería al aire libre, y algunas orquestas o *DJ's* amenizan toda la noche con música de Marc Anthony, Celia Cruz, Gloria Estefan o Shakira. Y hasta de Ricky Martin. Esa noche la festividad es en el Club Pulse.

Entonces los balazos. Entonces el corre y corre. Los gritos. Los amigos que intentan salvarse unos a otros. Las madres que sirven de escudo humano para que los disparos no alcancen a sus hijos. Los padres que dejan a tantas y tantos huérfanos. El sonido de una ametralladora y la policía, el FBI, los helicópteros. Las estaciones de televisión y radio transmiten el suceso en vivo. Algunos ya hablan de masacre, de decenas y decenas de muertos y heridos. Se narran las peripecias de unos por escapar; los llantos, las súplicas, los insultos de otros. El conteo de cuerpos caídos: veinticinco, treinta y dos, cuarenta y nueve... Yo no estoy presente. De todo me entero por una transmisión en tiempo real desde mi teléfono celular. Absorta, estupefacta, inmovilizada miro a la pantalla. Luego atestiguo la llamada telefónica a nuestro hogar por personal del hospital. Más tarde veo a mis padres contestando las llamadas que siguen desde la morgue.

En nuestra casa, hasta el cabrón del tío Félix estalla en llanto.

Yo miro a Quimbamba y a su collar con los colores del arcoíris. La pendeja perra sigue sin olvidarse de mí. Me detesta. Me ladra, me gruñe, me espeta los colmillos como preguntando por mi hermano. ¿Qué hacer ahora si el ente con el que vienes al mundo ya no está? ¿Qué se hace con ese abismo que convierte a la distancia en eterna? ¿Cómo se consuela una al saber que ya no existirá el corazón que palpité tan pegado al tuyo adentro de un vientre?

Quimbamba ladra. Gruñe. Me muerde y brota la sangre. Acto seguido estiro la mano y la agarro. La abrazo demasiado fuerte. Casi la asfixio. Tanto que ella aúlla y justo en ese momento me doy cuenta de que somos las dos quienes estamos chillando.